

Haydn y sus seguidores

ANDRÉS MORENO MENGÍBAR | ACTUALIZADO 28.01.2009 - 05:00

0 comentarios

0 votos



Interesante y educativo programa el que la Orquesta Barroca nos ofreció con motivo de la celebración académica de la Universidad Hispalense, pues, además de apuntarse al recuerdo de los doscientos años de la muerte de Franz Joseph Haydn con dos de sus sinfonías, se esbozaba también el contexto estético y la influencia de Haydn más allá de las fronteras austriacas. Desde Francia Beck y desde España Baguer mostraron con sus obras la comunidad estética y formal de la música orquestal europea del último tercio del siglo XVIII.



Christophe Coin volvió ayer a dirigir a la OBS.

De siempre, desde sus orígenes, se le ha dado bien a la Orquesta Barroca de Sevilla el repertorio clasicista, al que sabe otorgarle una vivacidad y una variedad expresiva realmente modélica, sobre todo habida cuenta la escasa sintonía estilística que hacia esta música presenta la otra agrupación orquestal de la ciudad. Desde una articulación ágil y basada en las diversas gradaciones del *staccato* y del *non legato*, en el juego con los contrastes dinámicos y en la atención a los acentos y los matices, el Clasicismo suena en manos de la OBS con chispa y vivacidad, con brillo y con riqueza tímbrica, con expresividad y sutileza.

De la mano de un gran director como Christophe Coin, siempre atento a los juegos dinámicos, a la dosificación de las acentuaciones agógicas y a la claridad y transparencia del sonido, el programa se abrió con una muy atractiva obertura de Franz Ignaz Beck en la que emanó con toda efectividad su carga de dramatismo, pero en la que la orquesta, aún en frío (literalmente, habida cuenta de la temperatura del marco incomparable... mente frío), no acabó de redondear el sonido ni de precisar el empaste. Puede que en ello influyese la diferencia de sonido (y de afinación en algún momento) entre los chelos de Coin y de Ruiz.

Mucho mejor sonido, rico y sedoso, emergió en las sinfonías de Haydn, especialmente en la nº 26, en la que la expresividad de la dirección consiguió acentuar y matizar hasta el mínimo detalle, como los acordes en *forte* del *Menuet* o la densidad de la cuerda grave en el arranque del primer tiempo. En el *Adagio*, sin embargo, hubieran tenido que recibir más relevancia sonora los oboes durante la exposición del tema de la Lamentación de Jeremías.